

Decomocracia y comunicación

Los medios y la disputa por la construcción de sentido

Florencia Saintout

La idea de pensar los medios en relación a la construcción social de sentido parte de un supuesto sobre el que tal vez sea necesario detenerse un momento: el de que los sentidos son construidos. Detenerse en la idea de que los sentidos se construyen, es decir, detenerse en la idea de que los sentidos sobre la vida social son sentidos históricos. No son "verdaderos", no están dados de una vez y para siempre, por lo tanto pueden ser de otra forma., pueden ser cuestionados.

Lo que muchas veces llamamos cultura puede ser pensado como sentido común: como un común sentido sobre las diversas dimensiones de la vida (sobre las definiciones y clasificaciones acerca de lo bello, lo triste, lo ominoso...sobre qué es lo correcto y lo incorrecto...sobre lo permitido y lo prohibido... sobre quiénes son los sujetos valiosos y quiénes en cambio son los sujetos que no valen, o son peligrosos, y deberían engrosar el espacio donde se tiran los desperdicios....). Escuchamos muy seguido la expresión "es de sentido común" cuando alguien quiere referirse a una verdad evidente que necesita ser reconfirmada para aquel que no la ve. Decir que es de sentido común equivale entonces a decir que algo, que alguna información, es verdadera.

Pero el sentido común no es verdadero en sí mismo, sino que está sostenido en relaciones históricas de poder. Siguiendo la tradición gramsciana, podríamos hablar de hegemonía: esa dirección político ideológica de una clase, sector de clase, bloque dominante que hace que sus ideas sean consideradas las únicas ideas posibles y deseables para toda la sociedad. Los sentidos sobre la vida, se viven como si siempre "hubiera sido así", como si siempre "fueran a ser así". Por eso, marcar que en esta afirmación se esconde la historia implica pensar que no son nada naturales (pocas cosas son naturales, digámoslo de paso, en el mundo de los humanos)

El sentido común que se vive como verdadero en una época tiene que ver con las luchas y con los movimientos de la historia en determinados momentos. Y

hacemos especial mención a la idea de movimiento y de lucha porque la historia no está quieta, se mueve (no tal linealmente como algunos pensaban) pero nunca ha estado ha estado inmóvil. Hay entonces batallas (disputas, discusiones, conflictos, tensiones, hasta guerras) por el sentido, por lo que se denomina cultura

En estas batallas los medios de comunicación ocupan un lugar fundamental, especialmente en el último siglo, y con mucha fuerza en las últimas décadas cuando se habla de sociedades mediatizadas, que implica pensar en sociedades donde cada una de las prácticas de manera directa o indirecta, con mayor o menor fuerza, están atravesadas por alguna dimensión de lo mediático (desde el conocimiento del otro y del territorio a través de los medios; la constitución de la subjetividad y de las subjetividades colectivas; como de cuestiones más aparentemente banales, por ejemplo, el modo de vestirse a la mañana tomando un decisión sobre el clima por lo que dice el noticiero) .

Los medios son actores sociales, que junto a otros actores (haciendo alianzas o enfrentándose) disputan el sentido sobre la vida que legitima una sociedad en una época determinada como verdadero. Los medios son uno más de estos actores (no el único) y han sido en las últimas décadas actores muy poderosos en toda la región Este poder ha radicado y radica en tres cuestiones, al menos, que están inextricablemente enlazadas.

En primer lugar, porque son actores empresariales (son empresas) que en las últimas décadas han acumulado capital tanto material como simbólico, de una manera escandalosamente desigual con respecto a otros actores. Esto no necesariamente está prohibido en el capitalismo, sino más bien lo contrario: el capitalismo abona la idea de la acumulación y reproducción infinita del capital . Pero estos actores empresariales mediáticos han concentrado creando monopolios, oligopolios, atentando contra derechos incluso liberales como es el derecho al a información y contra derechos

nada liberales como es el derecho a la comunicación de los pueblos (1).

Pero además has acumulado ese capital con las manos manchadas, es decir, de las maneras más siniestras (podríamos preguntarnos si el capital permite otras formas de concentración, si no es que siempre está manchado, como decía Marx...pero aquí ha sido de la manera más evidente, incluso de maneras ilegales). Además de los casos donde han quebrado la ley, vale decir que en la mayoría de nuestros países lo han hecho de manera ominosa, comprometidos en ocasiones con crímenes de lesa humanidad inclusive (2). Esta acumulación totalmente desmedida con respecto a otros actores sólo es explicable en el contexto de unas políticas neoliberales implementadas para toda la región, y sostenidas sobre la idea del achicamiento del estado de bienestar y de todo marco regulatorio sobre el orden de las comunicaciones que no fuera el del mercado mismo. En este marco, unos perdieron (amplias mayorías de la población perdieron, quedando fuera de la vida vivible, es decir, de la ciudadanía social, cultural y en ocasiones hasta política) y otros, los menos, ganaron. Entre los que ganaron estuvieron las empresas de comunicaciones que concentraron capitales como nunca antes en la historia y que obtuvieron un posicionamiento injusto y desigual con respecto a los demás a la hora de su capacidad para "nombrar" la verdad.

En segundo lugar, los medios ocupan un lugar privilegiado en la construcción del sentido social porque no son cualquier empresa sino que son empresas cuyo materia específica es la materia significativa: producen sentido. No producen automóviles, no producen zapatos, no trabajan con petróleo, sino que producen sentido. A través de mecanismos de focalización; deshistorización y rehistorización; de descontextualización o recontextualización, los medios construyen lo que se llama la información sobre la realidad. Clasifican la realidad, de un modo que oprime, menos por lo que no permite decir de ella que por lo que obliga a decir de ella. Sin que necesariamente sea que mientan (aunque muchas veces lo hacen) la información se presenta con la forma de los intereses que sostienen, siendo funcional a ellos. Y si la información como noticia producida industrialmente ha tenido que ver con la historia moderna de la expansión del mercado, en momentos

históricos de primacía del capital por sobre otras esferas de la vida, la información tiene valor de mercancía. Así, la dupla información/ciudadanía muta a la de vendedor/comprador.

Y en tercer lugar, para complejizar la explicación del lugar central que han tenido los medios de comunicación para la construcción social de sentido, hay que ubicarlos en un contexto neoliberal como es el de las décadas pasadas, donde las fuerzas populares de liberación fueron derrotadas, o se replegaron y hubo una avanzada feroz del capital y del mercado como único mundo posible.

Los años noventa son años de posibilismos extremos, donde pareciera haberse terminado el horizontes de *Un mundo, múltiples voces*, consigna levantada por los países del llamado Tercer Mundo a fines de la década del sesenta para denunciar e intervenir sobre el desequilibrio informativo global. Un mundo, donde entren todos: la dimensión de la igualdad. Múltiples voces, donde nadie le robe la palabra a nadie: la dimensión de la pluralidad. Igualdad y pluralidad para un mundo injusto que debe ser transformado.

Pero en el orden triunfante del neoliberalismo la política como opción de transformación aparece derrotada, replegada. Impera el mundo de las relativizaciones que hace de la pluralidad un asunto de diversidad en el reino de las equivalencias, donde todo vale lo mismo, o se modela la idea de que todo vale lo mismo y es imposible pensar la articulación de cada una de las partes. Las teorías del simulacro dicen que no hay más realidad. Que todo es simulación (hasta las guerras son simulacros!!!), construcción, lenguaje. Que todo son interpretaciones. Es así que la verdad, o la idea de la verdad se adelgaza de tal forma que deja de existir o simplemente deja de ser un asunto sobre el cual sea necesario discutir. En el reino de los simulacros y las interpretaciones la muerte de la verdad da lugar a la imposibilidad, por lo tanto, de pensar en la mentira, y estamos en presencia en ese momento no solamente de mecanismos de manipulación de la información y de desinformación sino también de construcciones noticiosas mentirosas de manera lisa y llana. Un tipo de periodismo que, cabe la pena recordar, tiene para los noventa su antecedente inmediato en el papel jugado durante la Dictadura inventando la noticia afín a los intereses de la Dictadura constituyendo lo que se llamó

la Prensa canalla: mintiendo sobre falsos operativos donde se ejecutaba a militantes; entrevistando a víctimas de los campos de tortura como si estuvieran libres y obligándolos a hablar de esa libertad, etcétera. Muchos de esos periodistas y de esos grupos mediáticos constituyen el actual mapa de comunicación en la Argentina (3).

En este contexto, donde la política es ubicada como videopolítica o pospolítica, los que ostentan el sello de la credibilidad son los medios de comunicación que ocupan la centralidad de la escena. Muchos afirman que este orden es definitivo. La historia demostrará cuánto de falacia y miopía había en esta afirmación

Ciencias sociales y poder mediático en la Argentina

Escribe Denise de Moraes (Moraes., 2011) : “La batalla simbólica por la democratización de la comunicación necesita cuestionar las verdades discursivas de los medios que, como aparato privado de hegemonía, elaboran, diseminan y ambicionan perpetuar”. Este cuestionamiento sin lugar a dudas debería esperarse en primer lugar del espacio institucionalizado para el pensamiento crítico: el campo intelectual. Sin embargo, aquí no siempre se han escuchado las reflexiones más comprometidas con la transformación del poder mediático existente. En el campo intelectual argentino tiene una relevante preponderancia el espacio académico universitario que está a su vez hegemonizado por un sistema público, en este sentido, uno de los más importantes del mundo. Un sistema que tiene una larga historia de continuidades y discontinuidades, no sólo institucionales sino también políticas y en los modos de producción académica, donde la autonomía con respecto al Estado y la Iglesia ha sido una de las grandes banderas ligadas a la reforma de 1918 (4), que de diversos modos se ha llevado hasta la actualidad. Sin embargo, en muy pocos momentos se ha cuestionado la autonomía universitaria con respecto a las fuerzas del mercado capitalista.

Para los años noventa el campo académico como todo el sistema científico en general, problematiza de manera fragmentaria y escasa la densa inscripción de las lógicas de mercado como plataforma natural de la producción de conocimiento en la Argentina. Aceptando por supuesto las

excepciones y las fisuras, es posible afirmar que son las necesidades de reproducción del capital de unos pocos los que van a sostener de manera generalmente invisibles las agendas de investigación y pensamiento sobre los medios de comunicación para esos años.

La investigación en ciencias sociales, que se va profesionalizando e institucionalizando de manera acelerada después de la Dictadura, va a preocuparse muy poco de los medios, marcando así una continuidad con el sentido común que afirma que los medios son “evidentes”, que hablan por sí mismos, es decir, que no es necesario problematizarlos. Y cuando la ciencia social sí se ocupa de los medios, lo hace en un sentido puramente descriptivo: descriptivo de “lo que hay”. La mejor prueba de esto son los llamados estudios de economía política de medios desprendidos de una posición crítica más allá de la descripción. O los estudios culturales, que definitivamente anuncian que ahora la cuestión no son los medios sino las mediaciones culturales y los públicos, en los que preocupa el género, la etnia, y los modos de usar el control remoto como equivalentes de la clase, o incluso como reemplazante de la clase.

Munidos de todo un arsenal de conceptos, teorías e incluso preguntas que vienen de las epistemologías posmodernas como ideología del neoliberalismo (el gran problema de las academias subalternas es que muchas veces no sólo importan la teoría sino también las preguntas!) de lo que se trató en las décadas neoliberales fue de aceptar el orden de las comunicaciones existente como natural por lo tanto imposible de ser pensado y transformado.

Los oligopolios de medios han sido (y en muchos países donde la concentración no ha sido puesta en discusión todavía lo son) los dueños de la doxa: de aquella verdad que no se discute. No se discute la verdad producida por los medios; no se discute a los medios. En este esquema tampoco se discute a los periodistas, a quienes se supone más que nunca sujetos independientes del barro de la historia.

Esto no siempre había sido así. Latinoamérica ha tenido una muy interesante historia crítica sobre el lugar de los medios que se ha llevado adelante desde el espacio académico como también desde las “orillas de la ciencia”, tal cual lo planteaba Aníbal Ford, uno de los más creativos intelectuales del campo de la

sociedad y la cultura en Argentina. Los medios masivos han sido pensados en la región bajo la influencia cierta de la idea de los Aparatos Ideológicos del Estado de Louis Althusser, y en menor medida de la llamada escuela de Frankfurt en Norteamérica, fundamentalmente del trabajo de Adorno sobre las industrias culturales. Pero lo más interesante es que no ha sido ni automática ni lineal la utilización de las teorías de la dominación. Para los años sesenta y setenta el eje del poder y la crítica a la producción industrial de la cultura se desarrolló desde atender la dimensión estructural del análisis, lo cual no implicó una mirada estructuralista ciega de los diversos niveles de determinación e incluso de recreación e invención. En Argentina cabe destacar no sólo la presencia de Aníbal Ford, sino también de Héctor Schmucler, Jorge Rivera, Eduardo Romano, de Beatriz Sarlo, de Jaime Rest, Jorge Lafforgue, Heriberto Muraro, Osacr Landi, y tantos otros que pensaron crítica e inteligentemente la relación de los medios con la sociedad. Y sin lugar a dudas, más allá de que no agotaron en los medios la problematización de la dominación, no pusieron en duda el papel jugado por ellos en la construcción de la hegemonía, es decir, no dejaron de pensar a los medios por fuera de una dimensión del poder. Es cierto que para los años noventa se convoca a una larga serie de investigaciones sobre los públicos que afirman que la posibilidad de los medios masivos de comunicación de imponer sentidos en las audiencias es limitada, e incluso, se dice, casi nula. Conceptos como el de resemantización, apropiación, lecturas desviadas, que se construyen desde varias fuentes teóricas abonan la idea de que los públicos pueden escamotear el poder mediático y sostener sus propias agendas más allá de los monopolios y de su denuncia. Estas teorías sobre la capacidad de impugnación y recreación del poder mediático por parte de la ciudadanía (o de los consumidores, como se comenzará a nombrar a los ciudadanos en una operación que adquiere carácter de sentido común en las academias) permiten complejizar más profundamente la relación sociedad medios pero de ninguna manera pueden comprobar efectivamente que el poder de los medios haya desaparecido. Más bien, lo que ocurre es una desaparición de la agenda de investigación del poder mediático como objeto y problema de

indagación. Al desaparecer un punto de vista sobre el poder se crea la ilusión de que es éste el que ha desaparecido. Y siguiendo la línea de razonamiento, se descartan las teorías que hablan de la dominación por su supuesta "desactualización y vejez". Una vez más, las ciencias sociales aparecen legitimando el orden existente como único orden posible. Pero si no es en el campo intelectual donde está la fuerza del cuestionamiento vale la pregunta en torno al lugar dónde se construirá en la Argentina pos 2001 un saber crítico sobre la situación de injusticia radical que implica lo que en 2009, año en que se vota por abrumadora mayoría la nueva Ley de Servicios Audiovisuales, se llamará la privatización de la palabra. Sin lugar a dudas será en las calles de una toda una región movilizadas de la mano del impulso de gobiernos progresistas y asentándose en una tradición previa de discusión y luchas, donde la impugnación de lo que se entendía como única verdad (la verdad del capital) se hará posible.

Contra los medios (y favor de la democratización de la palabra)

En los últimos años América Latina despierta al mundo desde combatir las políticas neoliberales de las décadas anteriores y sus consecuencias. Enlazando antiguas luchas (por la tierra, por los derechos étnicos, por la unidad de la región, por la justicia social, por los derechos humanos) se van consolidando gobiernos que tienen como horizonte al menos alguna o todas de las siguientes cuestiones:

- _ una crítica del neoliberalismo y una posición antiimperialista en pos de una política de soberanía nacional;
- _ el combate a la pobreza a través de la inclusión social con un criterio de universalidad progresivo;
- _ el objetivo de una redistribución más justa de las riquezas, tanto materiales como simbólicas;
- _ una política de unión sudamericana y regional;
- _ la reafirmación de verdad, memoria y justicia como política de derechos humanos.

La gran mayoría de estos gobiernos populares y progresistas, que algunos llamarán la Nueva Izquierda (Natanson; 2008), tienen como aliados de base a los

movimientos sociales que habían resistido al neoliberalismo. Por otro lado, se enfrentan con dureza a los grandes intereses corporativos que durante años se habían ido forjando al amparo del avance de un capitalismo feroz sin ningún tipo de regulación o límite. Entre estos intereses están las corporaciones mediáticas constituidas en la mayoría de los casos como grandes monopolios de la información y del entretenimiento. Es así, que uno de los corporativismos que con mayor violencia enfrentan a estos nuevos gobiernos populares son los llamados medios de comunicación.

La respuesta de los gobiernos ha sido plantear la batalla en el terreno de los derechos humanos y específicamente del derecho a la comunicación como un derecho inalienable de los pueblos. Equidad y pluralidad en el acceso como en la producción de la información ha sido una de las grandes banderas que en los últimos años se ha agitado permitiendo que grandes mayorías discutan lo que parecía imposible unos años antes: que la información no es sólo patrimonio de las empresas, y que la libertad de expresión es asunto de todos y todas.

Sin duda es posible señalar diferencias, matices y posicionamientos propios en cada uno de los países, pero sin embargo hay ciertos puntos que pueden ser señalados como comunes:

- _ posicionamiento claro en términos de la comunicación como derecho humano;
- _ deslegitimación de los monopolios informativos;
- _ apuesta a nuevas leyes que regulen los mapas informacionales con un criterio desmonopolizador;
- _ apoyo a los medios alternativos y comunitarios;
- _ iniciativa por unos nuevos medios con presencia estatal y ciudadana, tanto audiovisuales, como radiales y escrito;
- _ fomento a la producción nacional.

El proceso social y político de discusión por un nuevo orden informativo en la Argentina tal vez sea uno de las más contundentes e ilustrativos de la lucha por el derecho a la comunicación. Durante la segunda mitad de la década de 2000, el Estado propuso una discusión en Foros que se realizaron de manera horizontal en todo el país con el objeto de elaborar un nuevo proyecto de Ley de Radiodifusión que reemplazara al existente hasta ese momento, y que había

sido aprobado por la Dictadura Militar de 1976. Este proceso de discusión retomó a su vez las luchas previas por una comunicación democrática que habían llevado adelante durante las décadas anteriores organismos de derechos humanos, movimientos sociales, colectivos de cultura alternativa y popular, movimientos cooperativistas, políticos y organizaciones de trabajadores.. Estos actores habían configurado en 2004 la llamada Coalición por una Radiodifusión Democrática que consensuó 21 puntos para la lucha por una Ley para la democratización de la comunicación. El 10 de octubre de 2009, luego de que se realizaran 24 foros de discusión a lo largo y ancho del país, con amplia participación de una enorme heterogeneidad de sectores sociales finalmente se aprobó en las cámaras legislativas la nueva ley de Servicios Audiovisuales, la ley 26.522 que reemplazó a la 22.285 promulgada por la última dictadura militar en el país. El objetivo de esa ley fue terminar con los monopolios mediáticos y garantizar la pluralidad de voces declarando a los servicios audiovisuales de interés público. Una parte importantísima de la batalla cultural había sido ganada. Quedaban otras por dar.

Notas

(1) En América Latina ha existido una tradición de desarrollo de las industrias comunicacionales en manos privadas y transnacionales favorecidas por la precariedad de las regulaciones, que se han beneficiado aún más con el “retiro” del estado en los contextos neoliberales. Pero además estas manos privadas en más de una ocasión han sido y son de una misma familia, lo que demuestra al ver el listado de los apellidos la densidad de la concentración. Se puede mencionar como ejemplo sin agotar el listado a la familia Noble, Mitre y Vigil en la Argentina; Edwards, Claro y Mosciatti en Chile; Marroquín en Guatemala; Cisneros y Zuloaga en Venezuela; Miró Quesada en Perú; Collor, Sarney; Marinho, Civitas, Frias, en Brasil, Ardilla Lulle, Santo domingo y Santos en Colombia, etcétera. (De Moraes 2011).

(2) En los días que escribimos este texto, un histórico dictamen de la Unidad Fiscal

Federal de La Plata, en la Argentina, que interviene en casos de terrorismo de estado, calificó al despojo accionario que benefició a Clarín y La Nación en el caso Papel Prensa como “crimen de lesa humanidad”. El papel absolutamente activo jugado especialmente por la cadena RCTV en Venezuela en el golpe de Estado contra el presidente Hugo Chávez Frías en el año 2002 instando entre otras cosas al magnicidio, no puede ser pensado de otro modo que como una forma radical de violentar las leyes democráticas. El mismo sayo le cabe a los medios ecuatorianos dominantes y su participación el golpe de Estado al presidente Correa, que hasta el día de hoy siguen poniendo en discusión si es que fue o no fue un golpe cuando toda la comunidad internacional, y especialmente la del sur latinoamericano, lo ha asumido y condenado como tal.

(3) Al respecto de la relación medios/dictadura escribe Eduardo Blaustein “Quedan inmensos terrenos inexplorados, postergados, ocultos o definitivamente desaparecidos. La más llamativa de las ausencias es la de los medios de comunicación. El papel de los medios y el periodismo ha sido escasamente abordado en la discusión sobre la dictadura, o fue analizado de manera fragmentaria, convulsiva, a menudo subordinada a las urgencias de lo político. Aparentemente suena extraño que esto haya ocurrido dado el consenso que existe en Argentina, como casi todo el mundo, sobre la centralidad de los medios en la vida contemporánea. Es así misma llamativa esa obturación del recuerdo sobre el papel pasado de los medios dado el prestigio que estos han ganado, o por lo menos el se autoadjudican”. Esta situación que describe Blaustein, en el marco del debate que se da la sociedad argentina por una nueva ley de medios de la democracia, empieza a revertirse. Hoy los medios cómplices de la dictadura tienen una clara condena social, lo que todavía no se ha traducido de manera completa en el terreno de la Justicia.

(4) Con períodos de mayor fuera, como por ejemplo entre el golpe de estado de 1955 y la llamada Noche de los Bastones Largos en 1966. Un período caracterizado por la presencia de los reformistas y desarrollistas en las universidades, donde comienzan a institucionalizarse las ciencias sociales sobre el eje de la modernización, y

que en lo político se desenvuelve con las grandes mayorías peronistas proscriptas en el campo político. Paradójicamente, este es un momento de importantes procesos de institucionalización de la ciencia en la Argentina, para algunos, el período de oro de la ciencia en el país. Ver Silvia Sigal (2002).

Bibliografía

- Silvia Sigal (2002) *Intelectuales y poder en la Argentina, La década del sesenta, Siglo XXI Editores, Buenos Aires-*
- Blaustein, E. y Zubieta M. (1998): *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el proceso, Colihue, Buenos Aires.*
- De Moraes. Denis (2011): “La cruzada de los medios en América Latina- Gobiernos progresistas y políticas de comunicación, Paidós, Buenos Aires.
- Barthes, *Estructura del suceso, Ensayos críticos*)
- Natanson, José (2008) *La nueva izquierda, Editorial Debate, Buenos Aires.*